

Si mi sobrina hubiera respuesto de esta manera al padre hubiera quedado bien; pero sería una simpleza esperar semejante respuesta de una niña de cinco ó seis años.

Lo malo que hubo en esto fué la indiscreta confianza de la madre, que aseguró sabía bien la doctrina, cuando no sabe sino el catecismo de memoria.

Es verdad que no todos debemos entender los misterios de la fe como los teólogos; pero todos debemos entenderlos lo mejor que podamos y no contentarnos con retener palabras de memoria. En fin, no todos estamos obligados á ser teólogos; pero todos lo estamos á ser buenos cristianos, lo que no puede ser sino entendiendo la religión de Jesucristo y sus principales misterios, conforme á nuestra capacidad y con arreglo á lo establecido por la Santa Iglesia.

Cada conversación de éstas era una lección oportuna que el coronel daba á su esposa, y como la daba con tan buen modo, jamás dejaba de coger el fruto que quería. ¡Qué diferente es el estilo de aquellos que quieren corregir ó quizá enseñar á sus mujeres con dureza é ignorancia! Tal modo es más propio para embrutecer que para instruir. Con un estilo tan soez, las mujeres se obstinan, no se corrigen, aborrecen á los hombres, y como se resfría, cuando no se apaga su amor, ni se aficionan á sus máximas, ni oyen lo que se les dice, ni hacen lo que

se quiere que hagan. ¡Cuánto vale la prudencia en los maridos! Pasemos á otra cosa.

Doña Eufrosina, ó llámese la Langaruto, para ir con la moda de nombrar á las mujeres por el apellido de sus maridos, no se embarazó con su hija Pomposa para pasear á su gusto, pues la puso á la amiga antes de tiempo, según se ha dicho, con lo que logró que se debilitara un poco más su salud y que aprendiera algunas malas mañas de las otras muchachas; aunque no necesitaba de estas maestras, pues las tenía de sobra con su mamá y las criadas de su casa, que la mal enseñaban con primor.

Continuamente estaban componiendo á la niña, y este nombre *moda* era pronunciado por ella á los cinco años con demasiado gusto ó inteligencia. Todo lo que no era de moda lo despreciaba y todo lo que sabía que se usaba era para ello su ídolo favorito.

Era cosa admirable oírla reñir con el zapatero ó el sastre cuando no le traían una cosa á su gusto. — Maestro, solía decir al zapatero, ¡qué zapatos tan feos! no me cuadran, son de vieja; yo los quiero de moda, no como estas figuras.

Por desgracia, jamás faltaban aduladores de la madre, criadas de la casa, viejas parientas ó paniaguadas que alababan el necio proceder de la niña. Unos decían: — ¡Bienhaya la señorita que no es tonta! Otros:

—¡Qué viva es! todita á su mamá. Otros: — Dios la guarde.—Y todos á porfía apoyaban y celebraban su necesidad, soberbia y mala crianza.

La madre, que ó no entendía ó afectaba no entender el idioma de la adulación, se ponía más esponjada que *huajolote*¹ al escuchar las indignas alabanzas tributadas al orgullo y tontera de su hija, y ésta se hinchaba como sapo advirtiendo sus elogios.

La educación que Eufrosina le daba en orden á los criados no era menos ridícula y reprensible; porque después que permitía á la niña estar en la cocina y tratar á las criadas con la mayor familiaridad, las reñía altamente al menor descuido de atención que observaba usaban con su hija, como por ejemplo, llevar la mance-rina sin servilleta, el vaso del agua no muy limpio y cosas á este modo. Entonces había en casa riña segura. —¿Cómo es esto, decía la señora; atrevida, grosera, que traes á la niña el chocolate sin servilleta? ¿no ves que es tu ama? ¿has pensado que es otra como tú? Cuidado con tratar á la niña con tan poco respeto, porque te mudarás noramala de mi casa.

La tal niña, que advertía esto muy bien, concebía el grado de superioridad en que se hallaba respecto de las criadas, y dando rienda á toda la soberbia que le inspiraba su mamá, ya después no las trataba como sir-

¹ Pavo americano.

vientas sino como esclavas,¹ es decir, punto menos que bestias. ¡Infeliz de la criada que tenía el más mínimo descuido con ella á la edad de siete años, porque después de tirarle con el trasto, la llenaba de improperios, y esto aunque fuera la criada ó criado un viejo ó una vieja! Ella no miraba edades sino situaciones, y como la suya era superior, dominaba las de sus domésticos á su antojo, y mucho más contando, como siempre contaba, con la aprobación de su necia madre.

Ya se deja entender que á todos los criados tuteaba, aunque tuviesen la cabeza más blanca que la pita de maguey; pero en medio de esta ridícula soberanía, pecaba la madre por el extremo opuesto, permitiéndole la mayor familiaridad con ellos.

A la hora de siesta se acostaba á dormir, y entretanto la niña se iba á la cocina, y entonces, lejos de la mamá, no sólo era una con las criadas, sino que les sufría mil llanezas que usaban con ella, á ferias de mel-cocha, orejones,² calabaza cocida y otras golosinas que por ordinarias no se ponían en la mesa y á la niña cogían en deseo y provocaban su apetito por la privación en que sus padres la tenían de ellas.

Cuando estaban ama y mozas comiendo en buena paz y compañía, solían decirle éstas: — Niña, ¿por qué

¹ Muy mal hacen los que tratan á sus esclavos tiránamente. Es menester no olvidar que los esclavos y criados á salario son hijos de Dios y semejantes nuestros.

² Ruedas de manzana pasadas al sol.

es usted tan perra y tan soberbia? ¿Por qué nos trata tan mal delante de la señora? — Y entonces la niña, obligada por la melcocha, ó lo que es más seguro, por la verdad, les decía: — Pues de fuerza he de enojarme y os he de tratar así; ¿acaso mi mamá os trata de mejor modo? Ella me dice que os acuse, que os riña y que no me deje, pues yo soy ama en esta casa y vosotras sois mis criadas y estáis atendidas á comer de nuestras sobras, y por lo mismo nos habéis de tratar con el mayor respeto, y cuando no lo hicieris os echarán noramala de casa. — Ya se ve que la niña hablaba la verdad; su madre así lo decía, y éstas seguramente son unas máximas bellísimas y oportunas para educar á las niñas soberbias, malcriadas y odiosas para aquellos que tienen la desgracia de servir las.

Algunas noches que por fuerza la señora estaba en casa y solía el señor no estar en ella, era la niña enviada á la cocina por orden de su mamá, mientras trataba algunos asuntos importantes con personas que no podían tratarlos francamente á su presencia.

En estas ocasiones, viejas y muchachas sirvientas, para entretener el sueño, se ponían á contar cuentos ó consejas á la niña. ¿Y qué cuentos eran estos? ¡Friolera! cosas importantísimas y dignas de que las supiera una niña decente y que no se quería contar en el número del vulgo. En estas conversaciones andaban

á millares los encantamientos, espantos de muertos, apariciones de diablos, milagros apócrifos, males de ojo, dinero enterrado, hechicerías, brujas, amuletos, talismanes¹ y trescientas mil soflamas y embustes, cuyas resultas son harto perniciosas en la edad madura; pues lo que en la niñez se aprende como verdad infalible, con dificultad se descrece en la vejez; y de aquí viene hallar tantos viejos tontos y majaderos, que en su vida han visto un diablo, un muerto, una bruja, un hechicero, ni han experimentado un milagro verdadero, ni se han hallado un real enterrado, y sin embargo, defienden á puño cerrado estas cosas y aun las confirman con sus canas, años y autoridad á costa de mentiras, dándose ellos mismos por testigos y aturdiendo con esto á los simples que los escuchan.

No sólo en esto paraba la mala educación moral de Pomposita. Mientras más crecía en edad se perfeccionaban las facciones de su cara. Éstas, juntas con la compostura de su cuerpo y la volubilidad de su lengua, porque, en efecto, era habladorcilla, la hacían célebre entre las gentes tontas y superficiales, quienes continuamente la aplaudían de bonita, viva, discreta, salerosa y curra. ¡Elogios malditos y dañosísimos en

¹ *Talismanes*: figuras hechas de algún metal ó grabadas en una piedra con correspondencia á los signos celestes, á los que supersticiosamente atribuyen alguna virtud. La manita de azabache, el colmillo de caimán contra el aire, el ojo del venado contra el mal ojo, el chupamirto para hacerse amables las mujeres y otras supercherías semejantes que aún respeta el vulgo, tienen lugar entre los talismanes.

los tiernos años de las niñas! No saben estos tontos y bárbaros aduladores cuánto las perjudican, haciéndolas tenaces partidarias de la moda, orgullo y presunción.

No es de extrañar que con semejante conducta se criara Pomposita demasiado necia y altanera. La infeliz no hacía más que correr por donde su madre andaba, y corría más mientras más se adelantaba su edad.

A los siete años, dije, cuando ya la luz de la razón rayaba en su entendimiento con más perfección, su soberbia era hartamente conocida. Su amor propio se hallaba entronizado en su corazón; desde esta edad consultaba al espejo sus perfecciones, manifestaba demasiado contento al oírse celebrar y se incomodaba si por accidente alababan á otra en su presencia.

Acostumbrada á cuanto se llamaba moda en su tiempo y persuadida con el ejemplo de su madre, trataba á todo el mundo con la mayor familiaridad ó llaneza. A ninguno de los concurrentes de su casa daba más tratamiento que el apellido; de manera que un ciego que no hubiera tenido otra señal que la voz de la niña para conocer á los asistentes, jamás los hubiera distinguido por sus empleos y caracteres. Oiga usted, Herrera, mire usted, Ríos, escuche usted, Valdés... Este era el modo con que la niña nombraba á todos los concurren-

tes á su casa, y entre ellos había togados, canónigos, coroneles, etc.

Acuérdome que una vez la oí llamar á un caballero con estas voces: *marquesito, marquesito*. Confieso que pensé que llamaba á algún perrito de faldas, y no era sino al marqués de S***, hombre respetable por su edad y representación.

Todo esto se le pasaba á la niña por una gracia; pero en verdad que unos decían que era franca, marcial, del día, y qué sé yo, y otros la tenían por una muchacha malcriada. En efecto, yo no soy calumniador; la pobre niña no tenía la culpa; veía que su mamá y otras señoritas trataban con esta familiaridad ó llaneza á todos los hombres indistintamente, ¿qué había ella de hacer sino seguir su ejemplo?

Sin embargo, la niña Pudenciana hacía un terrible contrapeso á esta familia, porque su papá, el coronel, la tenía enseñada á que distinguiera de sujetos y diera á cada uno el tratamiento que le convenía; y así, á los currillos y mocitos almidonados los llamaba por el apellido, lo mismo que su prima; pero á los eclesiásticos y personas de distinción los nombraba con respeto, de usía ó usted, según su clase.

Este modo le conciliaba el aprecio general, pues los jóvenes tertulios se veían tratar á su modo y los hombres circunspectos con la atención que deseaban, y más